En esta quinta entrega de la serie "Grandes Misterios de la Biblia", García Ruiz aborda el relato del Génesis sobre la figura de la serpiente del Edén.

(**MÁXIMO GARCÍA RUIZ***, 10/12/2015) | Una de las grandes incógnitas del ser humano desde que tenemos noticias de su existencia, ha sido preguntarse por el inicio de los tiempos. Según la época, según la cultura, según la orientación religiosa, según el avance de las ciencias y según otro tipo de factores, las respuestas siempre terminan siendo insatisfactorias dada su evanescencia por una parte y, por otra, la falta de capacidad humana para su comprensión.

Según sea de dónde partamos, terminamos confluyendo en la aceptación de teorías científicas más o menos razonables (cfr. el *big bang*), haciendo propias las explicaciones facilitadas por otras cosmologías, o bien identificándonos, por fe, con el relato bíblico.

"... tanto la historia de la Creación en su conjunto, como la reseña del Huerto del Edén donde sitúa el G

Sea como fuere, tanto la historia de la Creación en su conjunto, como la reseña del Huerto del Edén donde sitúa el Génesis a los primeros padres, no deja de ser uno de los misterios más inescrutables para la mente humana. Si tenemos en cuenta la antigüedad atribuida a los primeros pobladores de la tierra (¿15 mil millones de años?) y lo comparamos con el relato del Pentateuco que, en su formato oral, puede situarse entre los siglos XV y XIII a. C. y su traspaso a documento escrito en el siglo V a. C., aproximadamente, la pregunta de fondo es cómo se cubre la información durante esos millones de años.

Sabemos que existen muchas otras cosmovisiones que se ocupan del origen del mundo, anteriores unas o posteriores otras a la mosaica (china, india, tibetana, cretense-griega, etrusca, romana, aborígenes australianos, pueblos de África, aztecas, mayas, toltecas y cheyennes o hopis de América, europeas, etc.), que tienen elementos comunes entre sí, algunas de ellas especialmente vinculadas con los antecesores egipcios y mesopotámicos de los hebreos.

Entre las muchas teorías sobre la Creación del mundo, llama la atención la descripción que hace el *Popul vuh* o *wuj*, uno de los documentos más importantes sobre este tema, tanto por su belleza descriptiva como por el paralelismo que muestra con respecto al relato bíblico aún procediendo de un espacio geográfico tan lejano al entorno mesopotámico. Se trata de narraciones míticas y legendarias sobre el origen del mundo, del pueblo *k'iche* maya-guatemalteco. Tiene un gran valor histórico y espiritual, conocido en algunos sectores como "La Biblia de loa mayas k'iché"

"... la serpiente aparece como un animal ambivalente, símbolo de la muerte y de la salud; aparece y des

Todas las cosmologías coinciden en el propósito de ofrecer una respuesta que no sólo de estabilidad sino que ofrezca señas de identidad colectiva. Unas y otras se influencian entre sí. Por lo regular, en su elaboración se funden elementos religiosos y científicos, por supuesto en el nivel científico o del conocimiento de la época. Digamos que, consciente o inconscientemente, el elemento común es el sincretismo; en todas ellas hay elementos comunes, aunque sean descritos de formas desiguales, adaptados a situaciones geográficas o climatologías locales, como pueda ser en ciertos pueblos aborígenes su amor y dependencia de la tierra; y, en todas ellas, se producen teofanías de seres legendarios, dioses y héroes ancestrales diferentes y en formatos diversos. El agua, la luz, el aire y la tierra están siempre presentes en el origen de los tiempos, envueltos por lo regular por el *Caos* que en algunas mitologías es definido como el dios original.

Esa disparidad de formas y, por otra parte, confluencia del mensaje, reafirma la creencia en un Dios universal, que no exclusivo de Israel; un Dios que se ha manifestado de formas diferentes y a pueblos muy diversos, no haciendo acepción de personas, razas o procedencias.

Pero centrémonos en el relato bíblico, al que, desde una posición judeo-cristiana, se atribuye una procedencia directa, aunque no dictada, de parte de Dios. Y vamos a poner nuestro punto de mira especialmente en la serpiente, un animal que tiene una dilatada historia relacionada con la religión. En primer lugar nos remitimos a nuestro comentario sobre la presencia de la fábula como género literario, tanto en la literatura universal como en la bíblica. Ya hemos hecho referencia a la fábula de la burra de Balaam para explicar el papel que se atribuye a los animales hablantes. Por su parte, la serpiente aparece como un animal ambivalente, símbolo de la muerte y de la salud; aparece y desaparece, cambia de piel en primavera, renace después de un frío invierno como símbolo de la resurrección, antídoto en sí misma de la muerte.

En la mitología egipcia, Apofis, conocida como Apep, una serpiente gigantesca, indestructible y poderosa, representa las fuerzas maléficas que habitan las tinieblas. Su cometido principal consistía en impedir por cualquier medio que la *barca solar* conducida por Ra y defendida por Seth, alcanzara el nuevo día; es decir, su misión era detener el ciclo solar. Su único objetivo era romper el orden cósmico. La serpiente representa el mal que, según la leyenda, nunca sería aniquilada. No obstante, Apofis era objeto de veneración en Egipto y, por extensión, todas la serpientes eran sagradas. El propio Faraón se consideraba bajo la protección de la cobra, símbolo de la resurrección.

"Moisés al igual que el pueblo que le sigue, se han educado bajo la cultura egipcia y los libros sagrados

Moisés al igual que el pueblo que le sigue, se han educado bajo la cultura egipcia y los libros sagrados nos ofrecen pistas suficientes como para entender que no les resultó sencillo desprenderse de sus costumbres y creencias. Tanto es así, que ante la ausencia de Moisés, que ha subido al monte Sinaí para encontrarse con Dios, el pueblo "*de dura cerviz*" (Ex, 32:9) vuelve a sus orígenes egipcios, se hacen un becerro de oro invirtiendo todas sus joyas en él, y se acoplan gustosos a las costumbres paganas de las que proceden. Pero veamos un ejemplo un tanto desconcertante, relacionada con la serpiente. Se encuentra en Números 21: 4-9. Israel está inmerso en plena conquista de la tierra prometida, pero "
se desanimó el pueblo por el camino. Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés

” (vr. 4, 5). Como castigo, “
Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes
” (vr. 6) que causaron estragos. Resurge la figura de la serpiente que seguramente nunca ha desaparecido del todo. Pero hay algo más. Ante el arrepentimiento del pueblo “
Yavé dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuera mordido y mirare a ella, vivirá
” (vr.8). ¡Lo propone el mismo Yavé!, lo cual nos llevaría a realizar una reflexión teológica complementaria, que no podemos asumir aquí.

A partir de estos antecedentes, podemos recapitular. Moisés desea transmitir al pueblo un sentido de identidad nacional, vinculándole no solo con Jacob, Isaac y Abraham, sino mostrándole que tiene un Dios que no sólo les acompaña y protege, sino que es el principio de todas las cosas, el creador del mundo. Y lo hace en un lenguaje sencillo, desprovisto de tecnicismos, haciendo uso de figuras que les resulten familiares. Transmitir la imagen del Dios creador y omnipotente no resulta complicado en exceso, ya que es común a todas las culturas. El problema está en cómo representar la idea del mal. Y ahí es donde se recurre a la serpiente, una figura ambivalente, astuta, engañosa y mortífera, que goza del respeto y veneración de la que es objeto entre los egipcios, de cuya cultura participan los hebreos. Una vez seleccionado el personaje, se recurre, como es frecuente en relatos semejantes, a fabular la narración dando voz al animal que mejor representa la astucia y engaño, al igual que en el caso de la burra de Balaam se recurre al animal que mejor representa la tozudez, como recurso pedagógico de contraste.

Autor: **Máximo García Ruiz***, Diciembre 2015.

© 2015 - Nota de Redacción: Las opiniones de los autores son estríctamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.